

EL CHOQUE CULTURAL ENTRE CRISTIANOS Y MUSULMANES EN ESPAÑA, ITALIA Y FRANCIA (siglos XVI y XVII)

por Bartolomé Bennassar

Es imposible olvidar que las relaciones entre cristianos y musulmanes en los países del Mediterráneo, en los siglos XVI y XVII, quedaron obsesionadas por la guerra, el enfrentamiento militar, fuera en tierra, fuera en mar. Esta observación es válida para Portugal, España y sus dependencias italianas (Sicilia, Cerdeña, Nápoles), para Génova y, Venecia y evidentemente para Malta y sus caballeros. Es menos válida para Francia, por lo menos en el siglo XVI, por motivos de todos conocidos pero que será preciso aludir luego. Durante el siglo XVI, españoles y musulmanes se enfrentaron abiertamente en los campos de batalla: en Djerba, en 1512; en Túnez, en los años 1535-36; en Argel, en 1541; en la derrota del conde de Alcaudete; en Djerba otra vez, en 1560; en Malta, en 1565; en Lepanto, en 1571... Los venecianos se enfrentaron con los turcos en La Prevesa, en 1536; en Lepanto, también; después en la guerra de Chipre, que acabaron por perder. El rey de Portugal, Don Sebastián, fue vencido y muerto en su intento de conquistar Marruecos, en la famosa batalla de Alcazarquivir, la de los tres reyes, el año 1578. Combatieron, además de los soldados portugueses, numerosos mercenarios franceses, españoles e italianos.

Pero, además de estas batallas célebres, quizá lo más importante fue la guerra cotidiana, hecha de mil escaramuzas, de desembarcos rápidos y de correrías tierra adentro. Los turcos o los moros luchaban por tierras cristianas; los cristianos por tierras musulmanas. La ventaja era de los musulmanes, ayudados, eso es cierto, por cristianos renegados -entre ellos marinos y artilleros experimentados- no solamente catalanes, castellanos, genoveses o napolitanos, sino también procedentes de la Europa atlántica: bretones, normandos, ingleses, flamencos, holandeses, etc.

Limitándonos a ejemplos italianos, entre los más llamativos, podemos recordar el del año 1516, cuando el arraez turco Kurdogli estuvo a punto de capturar al papa León X que estaba cazando y pescando en la campiña romana. Y, según el historiador pontificio, el dominico Guglielmotti,

«tutta la brigata volse le briglie a tempo, galoppando di gran fretta verso Roma dove entrarono a salvamento». El mismo cronista escribe que, en los primeros años del XVI, *«tutti i naveganti potevano vedere cogli occhi propri la desolazione delle riviere iberiche, francesi ed italiane per la pertinaci infestazioni del ladroni; le spiagge quallide, le isole disabitate, le campane in cenere, i pescatori en fuga e le fuste del barbareschi a zonzo sul mare».*

El año 1534, el famoso Barbarroja, Khair-ed-Din, desplegó toda una serie de agresiones contra las costas italianas: en las marinas de Cetraro y San Lucido, en Calabria y en distintos lugares del golfo de Nápoles, en Sperlonga y Fondi en el Lazio. El mismo corsario intentó, en agosto de dicho año, capturar a Giulia Gonzaga, la joven viuda del duque Vespasiano Colonna que tenía fama de ser *«la donna piu bella d'Italia»*, pero la duquesa tuvo tiempo de escaparse del castillo, aunque descalza y sin sombrero. Barbarroja siguió con sus agresiones, asolando las costas napolitanas, pugliesas; en 1543, desembarcó en Reggio di Calabria con 12.000 soldados. Podríamos seguir la larga letanía hasta el siglo XVIII, sustituyendo a Khair-ed-Din por otros corsarios famosos: así, su sucesor inmediato fue Dragut, tan temible como Barbarroja, que asoló especialmente las costas del levante ibérico, las Baleares, las islas de Córcega y Cerdeña, el golfo de Nápoles. Entre otros ejemplos, disponemos, para Sicilia, de una lista de las incursiones barbarescas establecida por Giuseppe Bonaffini que abarca los años 1570-1606 y 1618-1672.

Es cierto que los caballeros de Malta, por su parte, los caballeros toscanos de San Stefano, más tarde -especialmente en el siglo XVII-, y también los corsarios mallorquines, estudiados por Gonçal Nadal, no dejaron de ejercer su actividad en costas de los musulmanes, sobre todo en el período 1580-1610 por lo que se refiere a malteses y toscanos. Los asaltos contra las fortalezas de Lepanto y de Patras, contra las tunecinas Monastir y Hammamet, contra Bona en Argelia, contra Djerba, las islas Kerkennah, proporcionaron, cada vez, a los corsarios más de un centenar de esclavos y, en ocasiones, hasta 500.

Tampoco no se puede silenciar la muy honda impresión que causaron en la Cristiandad las ofensivas otomanas en la Europa central: la conquista de Hungría, en el año 1526, con la muerte de su rey en el campo de batalla de Mohacs; y el sitio de Viena, en 1529, que generó en toda Europa occidental un auténtico pánico. Esto es tan cierto que la alianza

con los turcos es, precisamente, el aspecto de la política exterior de Francisco I del que discrepa la opinión francesa, puesto que aparece como si fuese una política contra natura. Se sabe que Francisco I llegó a un tratado, más o menos formal y más o menos clandestino, con Solimán, con el fin de romper el cerco establecido alrededor de Francia por los estados del Emperador. Pero no llegó convencer a los franceses. Valbelle, el burgués de Marsella que dejó unas memorias, escribe después de la toma de La Goleta por Carlos V, en 1536, que *«ha dado gran satisfacción a todo el mundo»* y se regocija de la liberación de los esclavos cristianos en Túnez por el emperador puesto que ha sido, afirma *«una gracia señalada de Dios»*. El capitán Blaise de Montluc, famoso por sus *Comentarios*, escritos alrededor del año 1570, y que suele ser duro con Carlos V, se lamenta de que los dos reyes más poderosos de la Cristiandad no se hayan unido para vencer al Turco. Brantome, éste muy hispanófilo, sostiene lo mismo, incluso lamenta el fracaso de Carlos V frente a Argel, aunque fuese provechoso para los intereses inmediatos de Francia, pero añade que fue en contra de los intereses de la Cristiandad como conjunto.

Fue casi un trauma nacional la internada de la armada turca en el puerto provenzal de Tolón, desde el 29 de setiembre de 1543 al mes de marzo de 1544, como consecuencia de un compromiso entre Francisco I y Solimán: fue desocupado un arrabal de la ciudad para alojar, durante 6 meses, a 15.000 soldados turcos más 15.000 esclavos, la chusma de sus galeras; toda una ciudad musulmana a las puertas de una ciudad cristiana. El rey tuvo que eximir a los habitantes de impuestos y del alojamiento de los hombres de guerra durante 10 años, en compensación. Los convenios entre el Sultán y el rey de Francia no impidieron a los corsarios de Argel, Bizerta o Túnez apoderarse de barcos franceses y retajar inmediatamente a los niños que se encontraban a bordo, obligándoles a hacerse musulmanes antes de llegar a tierra con el fin de tener un buen motivo para negarse a devolverlos a los cónsules franceses en Túnez o Argel.

Así que la relación cotidiana entre cristianos de la Europa occidental y musulmanes en el Mediterráneo es sin duda un enfrentamiento perpetuo. Sin embargo, no se reduce a eso. Siguen las relaciones comerciales y se establece un diálogo entre las culturas; evidentemente conflictivo, pero muy interesante. En el caso francés, las negociaciones diplomáticas sirvieron de oportunidad para un mejor conocimiento del imperio otomano. Una embajada de Solimán se desplazó hasta la Corte francesa en 1534. Al

año siguiente, Francisco I mandó a la Corte del Gran Señor una embajada bajo la dirección de Jean de la Forest. Venía, en esta embajada, un curioso individuo de muy humilde estirpe, Guillermo Postel. Superdotado en idiomas orientales, sabía, además del latín, el griego, el hebreo, el siríaco, el árabe y había sido lector en el Colegio de las Tres Lenguas que más tarde y hasta nuestros días se llamó «Collège de France». Postel, que había conocido a varios humanistas, entre ellos al español Gelidius, al griego Lascaris, a Guillermo Budé, estaba encargado oficialmente de buscar manuscritos antiguos, pero también tenía una misión de observación. Este hombre, que más tarde cayó bajo la acusación de heregía y fue detenido en las prisiones de la Inquisición romana, publicó en los años 1560, un libro llamado *De la République des Turcs*, casi contemporáneo del famoso *Viaje de Turquía* español y cuyo contenido tampoco es tan alejado de este último, especialmente en ciertos aspectos. Hizo una descripción muy interesante de Estambul y de sus tres barrios, de la vida de sus habitantes, de la costumbre de los baños públicos, etc. Provocó cierto escándalo al observar que el imperio estaba bien gobernado, que en el ejército se imponía una disciplina rigurosa y que la justicia era francamente admirable por ser rápida, equitativa, limpia de todas las demoras que se conocían en Francia y que los castigos eran severos pero justos. Más o menos lo que encontramos en el *Viaje a Turquía*: «*Todas son buenas maneras de justicia esas*» y «*Oh! Bendito sea Dios que sean los infieles en su secta santos y justicieros, y nosotros no, sino que nos conténtemos con sólo el nombre*». Postel escribe lo mismo: «*Et je t'ai dit que l'on trouve ici meilleure justice qu'en notre pays*». También Postel apuntaba que los turcos toleraban la práctica de las demás religiones y que, además, alababan a Jesús, por ser un gran profeta, honraban a la Virgen María, a los apóstoles y seguían varios artículos de la fe cristiana.

Postel publicó, después de este viaje, una gramática árabe y una *Descripción de Siria*, más un estudio en el cual intentaba demostrar la estrecha relación que existía entre el *Alcorán* y los evangelios apócrifos. Es probable que hubiera usado un ejemplar precioso del *Alcorán* que habría pertenecido a León Africano y que le habría prestado el jesuita español Diego Lafnez, durante el tiempo que Postel vivió de novicio entre los jesuitas y antes de ser expulsado de la Compañía. En cierto modo se situaba en la perspectiva que fue más tarde la del jesuita francés Michel Nau que publicó, en 1683, «*L'Etat présent de la religion mahométane*

contenant la vérité de la religion chrétienne défendue et prouvée contre l'Alcoran, par l'Alcoran même». Pero Postel no fue el único francés en difundir los conocimientos sobre el mundo musulmán: varios años antes de *De la République des Turcs*, André Thevet, que se hizo famoso por sus libros relativos al Nuevo Mundo y por su *Cosmografía Universal*, había escrito una *Cosmografía del Levante* que tuvo mucho éxito y le valió el título de cosmógrafo del rey. El conocimiento del mundo musulmán también se difundió en Francia gracias a las relaciones de antiguos cautivos, especialmente la *Relation de la captivité du sieur Emmanuel d'Aranda*, que tuvo 5 ediciones entre 1656 y 1671. Aranda daba una visión muy positiva de los turcos de Argel, que decía amables, humanos, piadosos, «*leones en sus combates, corderos en sus victorias*» y una visión también positiva de los renegados, aunque él mismo había permanecido fiel a su fe. Hacía alabanza del renegado de origen italiano Ali Bitchnin (Piccinino), que fue rey o presidente de la taifa de los arraeces de Argel y proponía una postura muy poco conformista de la esclavitud en Argel: «*Il n'est point de meilleure université que le bagne d'Alger pour apprendre le monde a vivre.*»

Evidentemente, daba una visión totalmente opuesta a la que sostenían las órdenes dedicadas a la redención de los cautivos, por ejemplo el padre Dan en su *Histoire de Barbarie et des Corsaires, des Royaumes et des Villes d'Alger, Tunis, Salé et Tripoli*, que se editó, en París, el año 1649.

La referencia de D'Aranda a los renegados es muy interesante porque, posiblemente, fueron los renegados, especialmente los italianos y los ibéricos -españoles y portugueses-, los mejores intermediarios culturales entre la Cristiandad latina y el mundo musulmán. Me permito citar un libro reciente, *Rinnegati. Per una storia dell'identità occidentale*, cuya autora es Lucetta Scaraffia (Laterza, 1993), quien se refiere a los estudios de Salvatore Bono, al de Lucia Rostagno y al que escribí en colaboración con mi esposa, *Los Cristianos de Alá*. Esta autora hace constar «*l'esistenza di un notevole numero di individui vissuti all'incrocio fra le due culture, che quindi annullavano -al meno nella loro vita- la contrapposizione netta segnata dalle divisione religiosa*». Estos individuos fueron numerosos: se admite que pudieron ser unos 300.000 entre los siglos XVI y XVII, más varios millares en el XVIII. En 1630, el padre Dan hablaba de unos 8.000 renegados hombres en Argel, más unas 1.200 mujeres; en Túnez 3 ó 4.000, pero con otras tantas mujeres más. Es fácil darse cuenta que para

esta gente, por lo menos parte de esta gente, puesto que había entre ellos hombres que esperaban la primera oportunidad de volver a su patria, no existía contradicción radical entre los dos estilos de vida. Muchos de ellos cuando fueron interrogados por la Inquisición, después de circunstancias variadas que no vamos a pormenorizar, no dudan en confesar que se declaran turcos en tierra musulmana y cristianos en Italia o en España; que en el primer caso no comen cerdo ni beben vino, ayunan el ramadán pero sí comen carne los viernes, mientras que en tierra cristiana comen cerdo y beben vino, excepto en Cuaresma. Prescinden con facilidad de la confesión que sustituyen por las abluciones litúrgicas. Un napolitano, Giuseppe Puoto, de Pozzuoli, declara ante el Santo Oficio de Nápoles: «*Quiero andar por Turquía y cambiar las leves para poder comer lo que quiero cada día*». Para un tal Pedro Navarro, renegado de Toledo ¿qué ha sido su adhesión al Islam durante los cuatro años de su vida musulmana? Pues «*vestirse a la turquesca, comer carne cada día indiferentemente, lavarse a usanza de moros e ir a la mezquita*». Nada más. Hubiera podido añadir la circuncisión, que era un rito de pasaje muy importante. Un tipo a caballo entre el Islam y la Cristiandad, sin preocupación metafísica de ninguna índole, sería el siciliano Bartulo Marcelo que cambió no se cuantas veces de campo, que salió en corso bajo el signo de la Cruz o de la Media Luna, indiferentemente, y que acabó como agente secreto del Duque de Osuna, virrey de Sicilia, gracias a su conocimiento perfecto de África del Norte. Esta referencia a los aspectos materiales de la vida explica que el embajador veneciano Gianfrancesco Morosini interpretase la religión de Mahoma como una especie de ley que prometía la libertad de las costumbres (alimenticias, pero también sexuales) para atraerse a los hombres carnales y que podía satisfacer tanto a los cristianos como a los judíos. Resulta claro que a los renegados ibéricos, italianos, franceses, griegos y también a los del norte les parecía estupendo limpiarse sólo con abluciones de los pecados de carne con mujeres o con hombres.

Es cierto que espíritus más exigentes plantean la relación en otros terrenos. Me resultaron interesantísimos los debates que se celebraron entre reos, por ejemplo, en las cárceles inquisitoriales de Palermo, que hemos estudiado en *Los Cristianos de Alá*, y que enfrentan a italianos, franceses, griegos y españoles; los unos fieles a la fe cristiana, los otros musulmanes convencidos. Los dogmas de la Eucaristía, de la Trinidad, de la representación de las imágenes, el «monoteísmo» islámico opuesto al

«politeísmo» cristiano (por razón del dogma de la Trinidad), el problema de la Encarnación y la posibilidad o la imposibilidad de admitir la muerte de Dios en la persona de Cristo han nutrido controversias patéticas, sobretudo si se piensa que oponían a hombres encarcelados, inseguros de su mañana.

Por otra parte, es verdad que en ciertos lugares, por lo menos se admitía la celebración de la religión de los otros, especialmente en Estambul donde coexistían con las mezquitas las iglesias cristianas de rito latino, griego. o armenio y las sinagogas, pero también en algunas que otras ciudades musulmanas, por ejemplo en Argel, donde la misa se celebraba en los baños, aunque los mahometanos no soportaban la presencia de cruces, símbolos odiados por ellos. Pero también en ciertas ciudades de Italia, en las cuales, hasta el siglo XVIII existieron las llamadas «mezquitas de esclavos» donde los esclavos de religión islámica podían celebrar su culto: era el caso de Génova, de Nápoles, de Livorna y también de Venecia. Allí, los turcos de paso podían rezar a sus anchas. Este Islam histórico italiano quedó casi olvidado durante siglos hasta que, en nuestros días, reaparecieron las mezquitas, puesto que si hasta 1970 solo existía la mezquita de Roma ahora en Italia se cuentan unas 60 mezquitas, favorecidas por las leyes de «regularización» de estas instituciones.

BIBLIOGRAFÍA:

- ARANDA (Emmanuel d'), *Relation d'un voyage fait au Levant*, J. Mommart, Bruselas, 1656.
- BENASSAR (Bartolomé y Lucile), *Los Cristianos de Alá*, Ed. Nerea, Madrid, 1990.
- BONO (Salvatore), *Corsari nel Mediterraneo*, Ed. Mondadori, Milán, 1993.
- BRANTOME (Pierre de), *Les vies des hommes illustres et capitaines étrangers de son temps*, Oeuvres complètes, T. 2, París, 1866.
- CAPITAINE-BARON (Annie), *Représentations de l'Espagne et des Espagnols dans la France du XVI siècle*, Thèse, Toulouse, 1995, 2 vol, Exemplaire dactylographié (Con citas a Blaise de Montluc, Valbelle, etc ...)
- DAN (RP- François), *Histoire de Barbarie et des Corsaires, des Royaumes et des Villes d'Alger, de Tunis, de Salé et de Tripoli*, París, 1649.

- HAEDO (Diego de), *Topografía e Historia General de Argel*, Valladolid, 1612.
- RADETTI (G), Il teismo universalistico di G. Postel, in *Annali della R. Scuola Normale superiora di Pisa*, 1936.
- SCARAFIA (Lucetta), *Rinnegati. Per una storia dell'identità occidentale*, Ed. Laterza, Roma-Bari, 1993.
- Viaje de Turquía* (Anónimo)